

## EL GIRO POLÍTICO DE LA CENSURA ECLESIAÍSTICA. EL CASO DE CRITÈRION, LA COLECCIÓN DE LOS CAPUCHINOS

Mireia Sopena Buixens\*

\* Universidad de Barcelona, España. E-mail: mireia.sopena@gmail.com

Recibido: 30 junio 2015 / Revisado: 2 septiembre 2015 / Aceptado: 10 noviembre 2015 / Publicado: 15 febrero 2017

**Resumen:** El éxito del libro religioso de los años sesenta puso a prueba la equidistancia del arzobispo de Barcelona entre el régimen y la disidencia antifranquista. Si bien en ocasiones se ha interpretado que, en el fenómeno censorio, el valor estadístico podía desvirtuar los hechos, lo cierto es que el notable volumen de libros aprobados por Gregorio Modrego no define por sí solo la política de un arzobispo que, como en el caso de los títulos sobre ecumenismo editados en catalán por los capuchinos de Sarrià, no dudó en maniobrar para rebasar la salvaguarda de la moral y el dogma cristianos tomando decisiones de índole política\*.

**Palabras clave:** franquismo, censura eclesiástica, edición, libro catalán.

**Abstract:** The success of religious books in the sixties was a challenge for Barcelona archbishop, who had to keep the balance between the dictatorship and the antifrancoist dissent. Even though sometimes it has been considered that, in phenomena of censorship, the statistical values could obliterate the facts, it is true that the important number of volumes approved by Gregorio Modrego does not define in itself the policy of an archbishop who, as in the case of books on ecumenism published in Catalan by

the Capuchin community of Sarrià, did not hesitate in manoeuvring to bypass the safeguard of Christian morals and dogma taking decisions of political character.

**Keywords:** Francoism, ecclesiastical censorship, publishing, Catalan books.

« Què en resta de vostres vides,  
oh roses florides  
de l'abril passat?  
Lo que resta de l'hermosa  
que sota eixa losa  
la mort ha desat ».

Jacint Verdaguer, *En lo cementeri*

Preguntarse por el alcance político de la censura eclesiástica puede ser una temeridad habida cuenta del hermetismo con el que una parte de la Iglesia custodia sus propios archivos. Hasta la fecha apenas hemos llegado a conocer el organigrama y los procedimientos del Palacio Episcopal de Barcelona en base a unos informes de tono formulario y monocolor, que no obstante ofrecen indicios significativos sobre la constelación de censores externos que gravitaron en torno al arzobispo.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Véase un panorama de la censura del arzobispado de Barcelona en Sopena, Mireia, "Diligent i irreducible. La censura eclesiàstica als anys seixanta", en Laura Vilardell Domènech (ed.), *Traducció i censura en el franquisme*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2015, y también una semblanza de los censores eclesiásticos en Sopena, Mireia, "Los satélites de la curia diocesana. Censores eclesiásticos en la Barcelona de los sesenta", en Enric Gallén (coord.), "La censura franquista y la

Con todo, la aproximación a los protocolos eclesiásticos nos ha aportado luz sobre el peso de la jerarquía en la edición del libro religioso y sobre la función de unos censores con una formación académica brillante que gozaron de un incuestionable poder. Naturalmente, acercarse a los entresijos de la censura eclesiástica exige exhumar —aparte de los fondos de la administración civil— los fondos editoriales, menos condicionados por un respeto al derecho canónico y una interpretación de la propiedad intelectual que pueden limitar la investigación en los archivos eclesiásticos.<sup>2</sup>

A pesar de que la Iglesia oficial se alineó con los golpistas desde los albores de la rebelión de 1936 y de que el Vaticano reconoció el Nuevo Estado rubricando el Concordato de 1953, su decidida adhesión a los principios del Movimiento no bastó para que el Caudillo le confiara en exclusiva la suerte de las publicaciones religiosas, aunque ello no fuera tanto porque en la primera posguerra la Iglesia hubiera dado motivos a las autoridades para dudar de su orientación política, como por el celo extremo que estas ponían en el control de la propaganda. Se daba la circunstancia de que, para mayor inri, en el ámbito catalán los clérigos habían mantenido desde siempre una estrecha vinculación con la lengua y el pueblo cimentada en una historia cultural y evangelizadora compartida, que quedó maltrecha con la arrogación por parte del régimen del nombramiento de los preladados. Fue una potestad para nada baladí en la medida en que la Iglesia catalana, que había salido victoriosa de la guerra al participar del nacionalcatolicismo español, fue igualmente derrotada como institución catalana al imponerse obispos foráneos.

A finales de los años cincuenta una de las máximas preocupaciones de las autoridades eclesiásticas españolas estribaba en el debate preciliar, bien que paradójicamente lo estuvieran promoviendo los pontífices Juan XXIII y

Pablo VI.<sup>3</sup> Resulta casi ocioso apuntar que, en apariencia, el celo del arzobispo de Barcelona frente a las obras de carácter ecuménico se debía a razones de orden moral, sin que por ello debamos menospreciar sus prevenciones contra amagos políticos, pues a nadie se le escapaba que tras las editoriales de espíritu conciliar palpaban grupos sociales con ambiciones progresistas. En Cataluña las corrientes católicas más modernas, de procedencia principalmente francesa, penetraron de la mano de las heroicas editoriales Nova Terra (1957-1978) y Estela (1958-1971), y también de la menos conocida Critèrion (1959-1969), concebida como revista y reconvertida, por la mordaza franquista, en colección de libros. Tampoco debe olvidarse la fundación, por aquellos mismos años, de la revista más longeva del panorama religioso en lengua propia, *Qüestions de Vida Cristiana*, que se publica desde 1958 como monografías encuadernadas en rústica fresada.

Mientras que las editoriales Nova Terra y Estela abrieron la brecha del libro religioso en catalán y castellano con un equipo semiprofesional de católicos seculares, *Qüestions de Vida Cristiana* y Critèrion nacieron en el seno de dos comunidades religiosas, los benedictinos y los capuchinos respectivamente, que durante la posguerra contribuyeron a salvaguardar el uso del catalán, al tiempo que protagonizaron algunos de los episodios que más impacto tuvieron en el desgaste de la dictadura, como los amparados por el abad Aureli M. Escarré, impulsor de la fiesta unitaria por la entronización de la Virgen de Montserrat, publicitada en catalán por primera vez (1947), y centro de una polémica en *Le Monde* por su crítica al franquismo (1963), o bien el compromiso de los capuchinos con los estudiantes universitarios en el asalto perpetrado por la policía en el convento de Sarriá, y la consiguiente marcha pacífica de sacerdotes, víctimas de una dura carga de la policía armada (1966).<sup>4</sup> Con esos antecedentes, el régimen no

---

literatura y la cultura en lengua catalana”, *Represa*, nueva época, nº 1 (2015).

<sup>2</sup> Debo expresar mi sincera gratitud a fra Valentí Serra de Manresa por las atenciones con las que me obsequió en el Arxiu Provincial dels Caputxins de Catalunya (APCC), así como al padre Josep Massot, editor de Publicacions de l’Abadia de Montserrat, por su generosidad.

---

<sup>3</sup> Tras acceder a valiosos fondos inéditos, Francisco Rojas Claros certificó en *Dirigismo cultural y disidencia editorial en España (1962-1973)* (Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2013) que este fue, junto al marxismo, la reconstrucción histórica y los nacionalismos, uno de los frentes de batalla de la censura gubernativa durante los años sesenta y setenta.

<sup>4</sup> Vid. *Les festes de l’entronització de la Mare de Déu de Montserrat (1946-1947)*, Barcelona, Publicacions

cejó hasta que los tres sellos de tendencia progresista, Nova Terra, Estela y Critèrion, claudicaron.<sup>5</sup>

La orientación moderna y catalanista de los hermanos menores capuchinos, hasta entonces más proclives al integrismo y al carlismo, se había impuesto pocas décadas antes coincidiendo con el movimiento de restauración política y cultural de signo conservador, la *Renai-xença*, cuyas figuras señeras habían tenido un notable ascendente en la personalidad capuchina de referencia durante la primera mitad del siglo xx, el padre Miquel d'Esplugues (1870-1934). De espíritu abierto y precozmente ecuménico, trabó amistad tanto con hombres de la Lliga Regionalista como con numerosos políticos e intelectuales de izquierdas, de los que fue mentor espiritual como lo habían sido años atrás el P. Rupert M. de Manresa y posteriormente el P. Evangelista de Montagut. En contraste con la enorme simpatía que despertaba en los cenáculos políticos y culturales, el afán de poder del P. Miquel y sus prácticas seglarizantes indignaron a algunos capuchinos, que llegaron a denunciarlo ante las autoridades eclesiásticas de Roma. Fueron desencuentros que con el paso del tiempo quedaron en el olvido, de forma que, por encima de todo, se acabó valorando su impronta como director de la Biblia publicada por Francesc Cambó y como fundador de dos revistas en catalán *Estudis Franciscans* (1907) y *Criterion* (1925), la primera revista de filosofía del Estado.<sup>6</sup>

---

de l'Abadia de Montserrat, 1997; *L'abat Escarré i les declaracions a "Le Monde": 14-11-1963*, Barcelona, Ajuntament de Barcelona / Associació de Periodistes Europeus de Catalunya, 2013; Crexell, Joan, *La Caputxinada*, Barcelona, Edicions 62, 1987, e ídem, *La "manifestació" de capellans de 1966*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1992.

<sup>5</sup> Así como Nova Terra suspendió su actividad por las zancadillas del Ministerio de Información y Turismo (MIT) y por la caída de sus ventas, Estela hizo lo propio al serle negado el consabido número de registro del MIT.

<sup>6</sup> Nótese que el nombre de la revista se leía a la griega y no se acentuaba; en cambio, el nombre de la colección de libros se pensó en catalán. Sobre el P. Miquel, vid. Serra de Manresa, Valentí, *Aportació del framenors caputxins a la cultura catalana: des de la fundació a la guerra civil (1578-1936)*, Barcelona, Facultat de Teologia de Catalunya, 2009, 465-517.

La neurótica obsesión del régimen por relegar la lengua catalana al espacio doméstico y folklórico precipitó al continuador del P. Miquel d'Esplugues, el enérgico Basili de Rubí (1899-1986),<sup>7</sup> a lidiar contra la censura para lograr que *Criterion*, cuya continuidad se había visto interrumpida por la guerra, renaciera con autorización gubernativa a partir de 1950. Pasaron veinticinco años desde la defunción del P. Miquel hasta que se abriera la segunda etapa de la publicación bajo el paraguas de la Editorial Franciscana, sello que los capuchinos fundaron en 1928.<sup>8</sup> El P. Basili de Rubí, que había pugnado infructuosamente por la reanudación de *Criterion* como revista cultural, tuvo que conformarse con un permiso para una colección de libros aparecida en 1959, el mismo año de la inauguración de la revista que renovó el panorama de las artes y las letras al socaire de la abadía de Montserrat, *Serra d'Or*. Muy a pesar de los dirigentes franquistas, que estaban entre perplejos y sobresaltados por la frenética actividad del P. Basili,<sup>9</sup> en un par de lustros el capuchino atesoró un catálogo con treinta y seis títulos de una modernidad sorprendente.<sup>10</sup>

Sin desmerecer ni un ápice la tradición filosófica de la primera época de *Criterion*, el P. Basili amplió el abanico temático de la serie para satisfacer una de sus mayores inquietudes: el diálogo entre fe y cultura. Desde el primer número presentó a las claras una "col·lecció ideològica" que amalgamaba filosofía, religión, educación, arte, literatura y lingüística con una inaudita cosmovisión pancatalanista en el alcance de los temas y en la identidad de los colaboradores, procedentes de todos los rincones

---

<sup>7</sup> Sobre la acción cultural del P. Basili, vid. Raurell, Frederic, "Datos y rasgos biográficos del P. Basili de Rubí", *Estudios Franciscanos*, vol. LXXXVII, n.º 386-387 (mayo-diciembre 1986), 329-360.

<sup>8</sup> Serra de Manresa, Valentí, *Aportació del framenors caputxins...*, op. cit., 626.

<sup>9</sup> Cf. Piñol, Josep M., "'Franciscàlia': original experiencia de compromiso franciscano-laical", *Estudios Franciscanos*, vol. LXXXVII, n.º 386-387 (mayo-diciembre 1986), 395.

<sup>10</sup> Para una introducción a las dos etapas de Critèrion, vid. Lerín, Carles, "'Critèrion', publicació nova", en Varios autores, *Unitat d'Europa*, Barcelona, Editorial Franciscana, 1961, 146-154, y Maduell, Àlvar, "'Criterion' (1959-1969), un intent de revista frustrat pel franquisme", *Revista de Catalunya*, n.º 230 (julio-agosto 2007), 92-107.

de los Països Catalans. Para muestra, un botón: Joan Fuster, Josep M. Llompart, Baltasar Porcel, Manuel Sanchis Guarner, Joan Veny y Marià Villangómez. Siguiendo la estela del P. Miquel, el P. Basili recurrió a laicos y jóvenes universitarios a los que había conocido a través de las actividades que organizaba como director de Franciscàlia, entidad sociocultural de inspiración franciscana que creó en 1949 y que fue objeto de registros y ataques con cócteles molotov no solo por su actividad en torno a la reconstrucción de la memoria histórica y la enseñanza de catalán, sino sobre todo por ofrecer refugio a grupos universitarios, sociales y políticos.<sup>11</sup>

Con un dinamismo fuera de lo común, el P. Basili organizaba los actos de Franciscàlia en los que se inspiraba la colección, diseñaba su línea editorial y perseguía de manera infatigable a los colaboradores, reuniendo a una cosecha de autores impresionante por su pluralidad y valía intelectual, entre ellos Delfí Abella, Miquel Arimany, Antoni Badia i Margarit, Oriol Bohigas, Osvald Cardona, Alexandre Cirici-Pellicer, Joan Coromines, Josep Dalmau, Guillem Díaz-Plaja, Agustí Esclasans, J. V. Foix, Octavi Fullat, Antoni Jutglar, Jordi Llimona, Àlvar Maduell, Marià Manent, Joan Baptista Manyà, Jordi Maragall, Artur Martorell, Marta Mata, Josep Perarnau, Josep M. Piñol, Miquel Porter, Tomàs Roig i Llop, Jordi Rubió, Maurici Serrahima, Joan Triadú, Manuel Valls y José M.<sup>a</sup> Valverde.<sup>12</sup>

<sup>11</sup> Cf. Piñol, Josep M., “‘Franciscàlia’: original experiència...”, op. cit., 379-484, y Roig, Montserrat, *Personatges: Segona sèrie. Segons el programa emès per TVE*, Barcelona, Pòrtic, 1980, 93.

<sup>12</sup> La nómina de autores inéditos con los que contactó da una idea cristalina de la ambición del proyecto: Lluís Aracil, Ramon Aramon, Bonaventura Bassegoda Musté, Miquel Batllori, Jaume Bofill i Bofill, Jaume Bofill i Ferro, Maur Boix, Jordi Bruguera, Jordi Carbonell, Josep M. de Casacuberta, Eliseu Climent, Miquel Coll i Alentorn, Germà Colon, Joan Coromines, Joaquim Folch i Torres, Francesc Gomà, David Mackay, Albert Manent, Casimir Martí, Cèsar Martinell, Francesc de B. Moll, Antoni de Moragas, Pau Romeva, Josep Sebastià Pons y Xavier Zubiri, entre otros. Para una aproximación a las personas que formaron parte de la tercera orden franciscana vinculada a los capuchinos, vid. Serra de Manresa, Valentí, *El Terç Orde dels Caputxins. Aportacions del laicat franciscà a la història contemporània de Catalunya (1883-1957)*, Barcelona, Facultat de Teologia de Catalunya, 2004.

Si algo obsesionaba al P. Basili era el progreso de la cultura catalana, por lo que no debe sorprender que desde una plataforma sociocultural como Franciscàlia y desde Critèrion fomentara el debate artístico e intergeneracional invitando a los intelectuales coetáneos a participar en el Consejo de Dirección e instándoles a coordinar la edición de las monografías.<sup>13</sup> No obstante, la trayectoria de dicho consejo avanzó más mal que bien por la irregularidad de los encuentros y la falta de compromiso de sus integrantes, que causaron más de un disgusto al capuchino, único responsable a fin de cuentas de la dirección, la coordinación, la edición y la promoción de los volúmenes. A la hora de la verdad parece ser que fue él, y nadie más, quien formuló una encuesta dirigida a suscriptores, redactores y colaboradores sobre las expectativas que el Concilio estaba despertando entre religiosos y seglares que, si bien quedó aparentemente sin respuesta, llegó a perturbar a algunos eclesialísticos.<sup>14</sup>

Al concebir estratégicamente el proyecto editorial, el P. Basili tuvo el acierto de centrar aquella serie heterogénea en una disciplina tan inocua como la literatura e insistió en promocionar el catálogo como un “exponent de crítica literària” para amortiguar el golpe de maza del régimen, cuyo aparato seguía restringiendo, a tenor de la permisividad de las potencias internacionales, el pensamiento y la cultura catalanas a la producción exclusivamente literaria. Provisto del permiso para la edición de las obras, el capuchino siguió reclamando, hasta el momento del cierre definitivo de Critèrion, poder editarlas en formato de revista, pero las autoridades nunca

<sup>13</sup> Entre los asistentes al “segundo pleno” de Critèrion, presidido por Basili de Rubí, figuraban: de la comunidad capuchina, los padres Daniel de Gelda, Jordi de Barcelona y Miquel de Juneda; de Franciscàlia, Jordi Artigas, Josep Desumbila, Josep Girona, Salvador Llansana, Josep M. Piñol y Josep Roch, y, entre los colaboradores externos, Aurora Bertrana, Oriol Bohigas, Manuel Cardeña, Maria Castanyer, Antoni Closas, Enric Ferran, Josep Fornas, Rafael Gay de Montellà, Josep Gomà, Llorenç Gomis, Claudi Martínez, Artur Martorell, Francesc Maspons Anglès, Oriol Panyella, Josep Pereña, Miquel Porter, Jordi Prat Ballester, Francesc Pujol Algueró, Carles Rius, Tomàs Roig i Llop y Joan Triadú (APCC, Publicacions, Critèrion, leg. 15-2).

<sup>14</sup> *Enquestes de Critèrion*, mecanografiado, s.f. (APCC, Publicacions, Critèrion, leg. 15-4).

tuvieron la más mínima intención de hacer concesiones a una oposición que iba aquilatando su fuerza y que, con una revista en catalán, no solo habría podido empalidecer sus victorias en la aniquilación de la masa lectora en un idioma que atentaba contra la sacrosanta unidad española, sino que podía producir un alarmante efecto llamada con el que ya tuvieron que encarrarse años atrás al aprobar una efímera revista en la misma lengua.<sup>15</sup>

Bien que el P. Basili apostó inicialmente por la literatura, el eje nuclear de la colección fue más bien el debate preconiliar, contribuyendo así a la edad dorada del libro religioso. Podría muy bien pensarse que lo más natural era que la comunidad capuchina concediera a la serie una orientación religiosa, pero lo cierto es que no era ese el propósito original de Basili de Rubí, quien esperaba —aunque no lo logró— que el Consejo de Redacción asumiera sus funciones y que el nutrido elenco de colaboradores se implicara con denuedo en una programación de títulos más ecléctica. En ese nivel organizativo uno de sus cómplices más activos fue Josep M. Piñol, militante católico comprometido con la visión conciliar y progresista, cofundador de la editorial Estela y futuro presidente de Franciscàlia, credenciales que ineludiblemente le situaron en el punto de mira de los servicios de información policial del Ministerio. El P. Basili compartió con él sus arrebatos por las controversias que suscitaron los volúmenes tanto entre los eclesiásticos más integristas, que habían presentado denuncias a las autoridades civiles, como entre los de filiación obrera, a los

que el P. Basili les afeó un talante análogo al de los opusdeístas.<sup>16</sup>

Polémicas de ese calibre influyeron en el apoteósico éxito de ventas de un título como *Acció social popular a Catalunya* (1962), que aportaba una reflexión poco complaciente con los movimientos apostólicos. Aparte de este, se agotaron tres volúmenes más: el primero de la colección, *Unitat espiritual d'Europa* (1959), que suele considerarse un clásico del consumo editorial; la monografía dedicada al gran poeta Joan Maragall (1960), y el desdichadamente célebre *La Renaixença, avui* (1960).<sup>17</sup> En conjunto, la difusión regular de la colección se debió tanto a una óptima programación como a una eficiente explotación comercial del P. Basili, quien, a imagen y semejanza de los editores más insignes del momento, se preocupó por buscar la publicidad de las editoriales y las empresas catalanas, a la vez que fue sumando suscriptores con el apoyo de Alfred Vilaplana, corredor de libros que estuvo vinculado a la librería Públia del activista Joan Ballester.<sup>18</sup> Tras secuestros como los de *La Renaixença, avui* (1960), *La llibertat en l'educació* (1966) y *El rol i la veu dels seglars* (1967),<sup>19</sup> o el rocambolesco episodio en el que se vieron implicados los dos volúmenes de *Unitat dels cristians* (1961-1962), vetados por la censura eclesiástica, los franquistas acabaron cercenando brutalmente la renovación intelectual que supuso *Critèrion* con el burdo argumento de la falta de número de registro que la propia administración le negaba. Fue un final anunciado por los propios funcio-

<sup>15</sup> En una carta mecanografiada del 13 de noviembre de 1964, el P. Basili daba cuenta a Pere Calders sobre cómo el propio gobernador civil atentó contra la difusión de la primera revista aprobada en catalán: “Fa uns deu anys Serrahima, etc. lograren del govern de Madrid fer sortir una revista catalana. Sortí el primer número i el mateix [Felipe] Acedo Colunga anà als quioscos a recollir-la i després seguí la policia aquest afer. La causa fou que el dia que sortí aquesta revista al govern civil hi plogueren unes 500 peticions de publicació de revistes catalanes” (APCC, Publicacions, *Critèrion*, leg. 15-4). Los intelectuales catalanes, entre los que se contaban Carles Riba, Marià Manent, Josep M. Cruzet, Jaume Vicens Vives y Josep Pla, intentaron repetida e infructíferamente solicitar permiso para publicar revistas en catalán durante la década de los cincuenta.

<sup>16</sup> Carta mecanografiada a Joan Carrera, Rodonyà, 26 de noviembre de 1964 (APCC, Publicacions, *Critèrion*, leg. 15-4).

<sup>17</sup> Los tirajes eran de un millar de ejemplares. Cf. Maduell, Àlvar, “‘Criterion’ (1959-1969), un intent...”, op. cit., 98.

<sup>18</sup> Dado el resonante éxito de algunos títulos, la dirección de *Critèrion* hizo pública su disposición a comprar a los lectores los ejemplares de los que quisieran desprenderse: “VOLUMS QUE S’ESGOTEN / CRITERION es ven en totes les llibreries; per estar esgotant-se, s’han retirat de la venda els volums 1, 3, 4 i 11. Aquests solament es serveixen als subscriptors. / CRITERION abona l’import de 25 ptes. als qui en volen retornar algun d’aquests abans dits volums” (*Critèrion. Butlletí Informatiu*, n.º 1, enero de 1962 [4], APCC, Publicacions, *Critèrion*, leg. 15-4).

<sup>19</sup> Maduell, Àlvar, “‘Criterion’ (1959-1969), un intent...”, op. cit., 90.

narios del ministro Manuel Fraga Iribarne en una conversación con Salvador de les Borges, quien recordaba que le soltaron con beligerancia: “Nosaltres som aquí per fer-los la guerra a vostès i al que vostès pretenen amb aquesta col·lecció”.<sup>20</sup>

Por si no bastase la tela de araña de la censura civil, la colección de los capuchinos tuvo que sortear la de su ministro provincial, que aprobó la práctica totalidad de los títulos, y la eclesiástica, paladín de la moral y el dogma católicos. Cuando un editor se entrevistaba con el mismísimo arzobispo-obispo, algún artículo había topado previamente con la intransigencia del censor eclesiástico, cuyo parecer —y eso fue insólito en el fenómeno censorio— valía tanto como el de Gregorio Modrego hasta el extremo de que el arzobispo, proclive a la inhibición política, nunca manifestó interés en reprobar a sus lectores. Las más de las veces, el interlocutor de los editores era el canciller secretario, Alexandre Pech, fiel y discreto servidor del arzobispo que, en particular, mantenía comunicaciones administrativas con los editores para notificarles o bien los dictámenes favorables y, según la fórmula reglamentaria, los datos para los créditos, o bien los argumentos denegatorios.<sup>21</sup> El trato con los censores a los que los editores no conocían por otros canales era casi inexistente.

La presumible independencia política de Modrego se puso a prueba ante el lío que en 1960 armó el Ministerio de Información y Turismo (MIT), no solo por la respuesta del arzobispo respecto al libro concreto que fue objeto de condena gubernamental, sino también por el efecto que causó en los dictámenes eclesiásticos de otros títulos con los que no tenía parangón. Cabe buscar el detonante de esa persecución en la denuncia civil que el gobernador de Barcelona, Felipe Acedo Colunga, presentó contra *La Renaixença, avui*, por la que los dirigentes franquistas interpusieron una querrela judicial contra un autor presumiblemente separatista a pesar de que tanto la censura eclesiástica, con las reservas de Cebrià Montserrat, como

la censura civil habían aprobado el volumen.<sup>22</sup> Ni siquiera el elevado número de autorizaciones de la colección que por otro lado dictaminó la curia aminora la contundencia con la que Modrego actuó tras esa judicialización, giro que condicionó al P. Basili, que lo vislumbró, hasta practicar la consabida autocensura: “Després de la topada que ens ha portat el número *La Renaixença* no convé soroll i hem de prendre un to moderat sobretot en coses i apreciacions que poden ésser discutides”.<sup>23</sup>

El paso de *La Renaixença, avui* por la censura franquista no fue excepcional. Dada la temática de la serie, que rebasaba el ámbito estrictamente religioso, el P. Basili no pudo ahorrarse los trámites con las autoridades gubernativas, a las que en alguna ocasión acudió forzado por el obispado de Barcelona, tan silente —o directamente adverso— cuando se le antojó. Arrojado al lápiz afilado de los censores civiles, el P. Basili hubiera preferido solicitar los permisos a la Delegación Provincial del MIT con la esperanza de que la proximidad facilitara el desarrollo económico y comercial de su plan editorial, pero el equipo de Demetrio Ramos se reveló más inclemente que los lectores de Madrid, a los que el capuchino, hastiado por las noticias que le llegaban de la delegación barcelonesa, acabó por derivar sus consultas: “La censura de Barcelona és terrorífica i em plauria continuar amb la censura de Madrit [sic]”.<sup>24</sup> Eran años de gran efervescencia, en los que el cerco de la delegación a las publicaciones religiosas de espíritu conciliar incluso desató una iniciativa conjunta de los editores para detener los agravios y las mutilaciones que les estaban infligiendo,<sup>25</sup> la cual, si bien quedó en agua de bo-

<sup>20</sup> Salvador de les Borges, “Presentació”, en Crexell, Joan, *La Caputxinada*, op. cit., 8.

<sup>21</sup> Sopena, Mireia, “Diligent i irreductible”, op. cit.

<sup>22</sup> Informe mecanografiado del P. Basili de Rubí, Barcelona-Sarrià, 30 de septiembre de 1960 (Arxiu Diocesà de Barcelona, ADB, leg. 62, exp. 321/59).

<sup>23</sup> Carta mecanografiada a Cebrià Montserrat, [Barcelona] 12 de abril de 1960 (APCC, Publicacions, Crítèrion, leg. 15-4).

<sup>24</sup> Carta mecanografiada a Josep Perarnau, [Barcelona] 12 de agosto de 1964 (APCC, Publicacions, Crítèrion, leg. 15-4).

<sup>25</sup> Por una carta s.f. del P. Basili a Joan A. Ventosa Aguilar, sabemos que la publicación *Delta* de Ventosa Aguilar había sufrido el acoso de la censura y que el capuchino se ofreció a participar en la “acción conjunta” que *Delta* preparaba con *Serra d’Or*, pues temía que la política censoria también pudiera

rrajas, representó un paso más hacia el advenimiento de la democracia.

Con el fantasma de *La Renaixença, avui*, la curia receló de dos volúmenes sobre la unidad cristiana, que acabó proscribiendo aun a sabiendas de que, a diferencia del título acerca de la *Renaixença*, no entraban en temas de carácter político: *Joan XXIII i la unitat cristiana* y *Unitat dels cristians*. Lo más destacable era que estos, concebidos en el marco de Franciscàlia, estaban escritos por autores que defendían el ecumenismo impulsado nada menos que por Juan XXIII y el cardenal Augustin Bea, flamante presidente del Secretariado para la Unión de los Cristianos. Las tesis de ambos debían encontrar un terreno abonado en el Concilio e incluso se habían abordado en publicaciones como *Incunable, Razón y Fe* y *Ecclesia*, sin que se conocieran objeciones de la censura eclesiástica. No obstante, el arzobispo vetó la obra colectiva de *Critèrion* porque personalmente estaba alejado del espíritu unionista que preconizaba y porque, por añadidura, los reproches que le llovieron desde los mandos militares por el *nihil obstat* de *La Renaixença, avui* le imponían recrudescer el control.

Desde que el padre provincial rechazó el artículo del capuchino Jordi Llimona por su crítica sin tapujos a los censores, el P. Basili se había percatado de que el volumen podía despertar las suspicacias de la curia, de manera que en abril de 1960, a los pocos días de solicitar la censura eclesiástica, escribió al censor habitual de la colección para ganarse su favor avanzándole que el libro ya había sido recortado y que no contenía nada de particular.<sup>26</sup> Sin embargo el resquemor por la aprobación que el propio Cebrià Montserrat había concedido a *La Renaixença, avui* perduraba, y el canciller secretario buscó con deliberada intención a un censor del ala dura como el jesuita Josep M. Dalmau, que fue el primero en aportar el argumento político tan en voga entonces de “la oportunidad de la

publicación”<sup>27</sup> por la insistencia de algunos autores en subrayar la humildad y el respeto para con los protestantes. Acto seguido, Pech, más interesado en buscar un dictamen concreto que en obtener una pluralidad de impresiones, encargó una segunda lectura a otro censor de análogas convicciones, Josep M. Murall, quien se empleó fondo practicando supresiones varias y prohibiendo en bloque los artículos de Jaume Sarri, Joan Gomis y Josep Dalmau.<sup>28</sup>

Pertrechado con los informes negativos de sus lectores, y para cerciorarse de cuál era el camino a seguir, Modrego mantuvo excepcionalmente una conversación con Murall. Acabó convencido de que debía frenar un conato de disenso y mandó comunicar su resolución de forma verbal, sin que quedara rastro de unos argumentos que, por mucho que se esforzara en vestirlos de otro modo para legitimarse, no eran religiosos stricto sensu. Al P. Basili le faltó tiempo para acudir a Àlvar Maduell (Àlvar de Barcelona), uno de los redactores de la colección, que a partir de 1966 le sustituiría como director y que por aquel entonces estaba estudiando en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma.<sup>29</sup> Conocedor de las intrigas palaciegas, Maduell aconsejó al P. Basili que extremara la cautela y que limara el original, pues, según su parecer, las trabas para publicar en catalán ya eran demasiado severas como para andar provocando a las autoridades con artículos que adolecían de ser irreverentes. De manera profética, advirtió al P. Basili lo que podía suceder a la colección si no eran precavidos:

“Vist el contingut del número aquest de *Criterion*, resalta molt l'aspecte de mea culpa, potser amb notable insistència fins unilateralitat, per la banda dels catòlics. Els dos treballs que no tracten directament en totes les ratlles l'aspecte de la unió amb els no catòlics sinó que porten una certa direcció vers a la reforma o revisió del funcionament de la mateixa Església (em refereixo a algunes frases de Mn. Dalmau, i l'acabament amb els concrets monopolis i

repercutir en *Critèrion* e incluso en *Estudios Franciscanos* (APCC, Publicacions, *Critèrion*, leg. 15-1).

<sup>26</sup> Carta mecanografiada a Cebrià Montserrat, [Barcelona] 12 de abril de 1960 (APCC, Publicacions, *Critèrion*, leg. 15-4).

<sup>27</sup> Informe mecanografiado de Josep M. Dalmau, Sant Cugat del Vallès, 1 de mayo de 1960 (ADB, leg. 64, exp. 138/60).

<sup>28</sup> Sopena, Mireia, “Los satélites de la curia diocesana”, op. cit.

<sup>29</sup> Correo-e de Àlvar Maduell (13 de junio de 2015).

mentalitats del P. Jordi amb aquella estocada tan directa precisament als censors de llibres) poden haver estat l'element psicològic que hagi provocat la no aprovació. Si fossin aquests elements circumstancials els que provoquen dificultats, i, precisament, no estant inclosos directament dins el tema del llibre, es podria mirar si un cert esporgament o esmolament aconseguiria gràcia davant els ulls de la cúria.

Endemés, ara com ara, Criterion no té cap nom potent, i és evident que no està en disposicions de resistir envestides de tots els costats, a menys de pagar ben aviat amb la vida. I primer que tot cal viure, i únicament el viure en català ja és avui una suficient grandesa".<sup>30</sup>

El P. Basili compartia el diagnòstic del P. Àlvar y, de hecho, antes de presentarse a la censura eclesiástica, y por indicación del superior provincial Venanci d'Arenys, ya había sacrificado el artículo del P. Jordi, a quien, en una entrevista con Montserrat Roig, describió en estos términos por sus conflictos con la censura: "Bon minyó, molt senzill, molt humil, però té una dificultat: és que llegeix molt, assimila molt, i en acabar ho diu tot com a cosa pròpia".<sup>31</sup> Como medida de precaución, el editor capuchino también autocensuró la aportación de Josep Dalmau. Lejos de desafiar a las autoridades, el P. Basili no vaciló en adoptar una actitud conciliadora —que lo suyo le debía de costar, visto su temperamento— y puso en marcha un plan para reconducir el dictamen denegatorio buscando, por un lado, mediadores que hablarían con el arzobispo para obtener su clemencia y, por otro, vías alternativas para la obtención del plázet más allá de la todopoderosa archidiócesis de Barcelona. Si algo tenía claro un luchador incombustible como el P. Basili era que no iba a dejarse amedrentar por su adversario, pues no era ese su espíritu, que él mismo definió en una carta al eclesiástico Ricard Aragó mientras este vivía sumido en preocupaciones personales:

"[...] a les penes, punyalades... Fins ara és encara aquest el meu lema i em sento combatiu. Potser algun dia em sentiré acorralat com vós. Però això, en substància, és fer el joc a l'adversari que no pretén altra cosa que posar-nos fora de combat.

Crec que hi ha moltes coses a fer i de fet se'n fan moltes. En queden moltes per fer, però el pitjor de tot seria no fer res".<sup>32</sup>

La primera persona de la jerarquía a la que el P. Basili tanteó fue el obispo de Solsona, Vicent Enrique Tarancón, secretario del episcopado español y uno de los autores del primer volumen sobre la unidad de los cristianos.<sup>33</sup> Son sobradamente conocidos el papel que tuvo Tarancón al desvincular a la Iglesia del franquismo y la furia que suscitaba en los sectores más ultras del régimen, conocidos por gritar a voz en cuello "Tarancón al paredón".<sup>34</sup> El P. Basili le confesó que Modrego "no se atrevía" a aprobar la obra colectiva porque, en su opinión, la defensa de la humildad y la autocrítica que se exigía a los católicos no eran oportunas (un juicio de valor que nada tenía que ver con el dogma y la moral, como bien apreció el capuchino) y le pidió que intercediera para justificarle su sano propósito. Sin éxito, Tarancón mantuvo una entrevista personal con el arzobispo, tras la cual sugirió al P. Basili que, si deseaba proseguir con la publicación, no le quedaba otro remedio que alzar un recurso a la Congregación del Santo Oficio, que había dictado normas y orientaciones sobre la materia.<sup>35</sup>

<sup>30</sup> Carta mecanografiada del P. Àlvar, Roma, 25 de junio de 1960 (APCC, Publicacions, Critèrion, leg. 15-1).

<sup>31</sup> Roig, Montserrat, *Personatges: Segona sèrie*, op. cit., 89.

<sup>32</sup> Carta mecanografiada a Ricard Aragó, [Barcelona] 17 de junio de 1961 (APCC, Publicacions, Critèrion, leg. 15-4).

<sup>33</sup> El archivero Enric Bartrina afirma que el obispo Tarancón se llevó toda su documentación personal al partir de la diócesis y que no se conservan las licencias eclesiásticas de los años sesenta (conversación telefónica, 20 de junio de 2015).

<sup>34</sup> Para aproximarse al grado de afición del episcopado español respecto al franquismo, vid. Blázquez, Feliciano, *La traición de los clérigos en la España de Franco. Crónica de una intolerancia (1936-1975)*, Barcelona, Trotta, 1991.

<sup>35</sup> Carta mecanografiada a Vicent Enrique Tarancón, [Barcelona] 24 de mayo de 1960 (APCC, Publicacions, Critèrion, leg. 15-2).

Roma podía ser el camino. De hecho, el P. Basili, que creía conocer a Modrego, no se lo imaginaba replicando a una autoridad superior que le pudiera reprochar lo excesivo de su postura: “És aragonès: però si algú n’hi parla des de dalt... ell no vol quedar malament amb altes jerarquies...”.<sup>36</sup> El capuchino hizo todo lo que estaba a su alcance para lograr la complicidad vaticana y, especialmente, la del cardenal Bea, a quien, con tino, mandó entregar unas galeradas para que las prologara. Fueron unos cuantos los intermediarios de los que se valió el P. Rubí para trasladar su caso al cardenal, desde el visitador apostólico P. Agatangelo da Langasco<sup>37</sup> hasta el abad Escarré y Joan Botam (Salvador de les Borges), fundador del Centre Ecumènic de Catalunya (1984), pasando por algunos sacerdotes que se hallaban en Roma como Josep Maria Raurell (Frederic de Barcelona), el carmelita Bartomeu M. Xiberta (consultor de la sección de teología del Concilio) y el jesuita Miquel Batllori (director del Archivo Histórico de la Sociedad IESV). Este último le pidió detalles concretos acerca de los antecedentes para evitar la incompreensión de Roma, donde no todos apoyaban la apuesta conciliar del santo padre:

“Vós coneixeu prou bé les cauteles que cal tenir en aquest ambient curial, tant i més que no tothom aprova interiorment l’obertura del papa actual i del susdit cardenal en la via de la unitat cristiana”.<sup>38</sup>

En su afán por hallar una estrategia óptima que le permitiera reanudar la edición de las obras, el P. Basili incluso se planteó dedicar los volúmenes al cardenal Bea a fin de estrechar el vínculo con Roma y, de paso, presionar al arzobispo de Barcelona para que se posicionara del lado de los nuevos aires que corrían por el Vaticano. Sin embargo, el P. Àlvar, que solía situarse

en el peor de los escenarios para mayor salvaguarda de la colección, desaconsejó el recurso de la dedicatoria, pues no creía que el cardenal, pese a que se miraba la colección capuchina con buenos ojos, fuera capaz de enfrentarse a Modrego. Al fin y al cabo, la defensa de los postulados ecuménicos que el pontífice y el secretario intentaban propagar tenía un límite: la concordia entre las autoridades eclesiásticas. Para el P. Àlvar no había duda de que si Bea intuía una situación problemática, abandonaría al capuchino a su suerte, e insistía en que, por encima de todo, había que ir con la verdad por delante, ya que no interesaba en absoluto que Bea pudiera sentirse instrumentalizado:

“Crec [...] que ara seria completament desencertat voler emprendre una ofensiva contra el bisbe refiant en el cardenal, doncs Bea, al mínim embolic que hi vegi, ho deixarà de costat, perquè té el nas fi i no s’enlluerna amb la dedicatòria, i ell personalment no hi guanya res amb la publicació del llibre. Crec, per això, que no convé estrènyer fins a l’extrem, posat que pel que sembla, no mancaran comunicacions directes entre Modrego i Bea. El P. Frederic em va insistir en la conveniència de jugar net, per sobre de tot”.<sup>39</sup>

En julio de 1960 el capuchino recogió el fruto de sus primeros pasos cuando el cardenal aceptó prologar en italiano *Joan XXIII i la unitat cristiana*. Ante la negativa de Bea a que fuera traducido al catalán por el P. Àlvar,<sup>40</sup> el P. Basili prefirió publicarlo originalmente en italiano y, como nota al pie, en castellano para respetar el propósito del cardenal de esparcir el texto por América Latina. En una carta dirigida a Salvador de les Borges, el cardenal se felicitaba por la difusión en España del movimiento para la unión de los cristianos entre los fieles, “tanto più che in Spagna i protestanti generalmente non sono molto conosciuti. D’altra parte è la volontà del Santo Padre che tutti quanti sono battezzati ‘in Christo’, siano uniti nella una sola vera Chiesa cattolica Romana”. Le confirmó que el pontífice había creado el Secretariado para la

<sup>36</sup> Carta mecanografiada al P. Àlvar, Barcelona, 8 de junio de 1960 (APCC, Publicacions, Critèrion, leg. 15-2).

<sup>37</sup> Procurador general de los capuchinos, Agatangelo da Langasco tenía la confianza del Vaticano y había ejercido como visitador apostólico en algunas casas de religiosas de Cataluña. Véanse sus datos biográficos en “Fallecimiento del Padre Langasco”, *Boletín Oficial de los FF.MM. Capuchinos de Castilla*, vol. XXIX, n.º 156 (enero-febrero 1976), 285-286.

<sup>38</sup> Carta mecanografiada del P. Batllori, Roma, 3 de diciembre de 1960 (APCC, Publicacions, Critèrion, leg. 15-2).

<sup>39</sup> Carta mecanografiada del P. Àlvar, Roma, 25 de junio de 1960 (APCC, Publicacions, Critèrion, leg. 15-1).

<sup>40</sup> Cf. Maduell, Àlvar, “‘Criterion’ (1959-1969), un intent...”, op. cit., 102.

Unión de los Cristianos con el mismo propósito que el expuesto en los libros de *Critèrion* y apostilló que si ellos evitaron el término “ecuménico” al fundar el Secretariado fue por un afán universalista: “Si chiama Segretariato per ‘l’Unione dei Cristiani’, evitando il termine ‘ecumenico’, il quale potrebbe essere interpretato come una confessione nostra che finora una Chiesa ‘ecumenica’ non essita”.<sup>41</sup>

Lo curioso del testimonio del cardenal es que arrojaba un dato tan poco desdeñable como la génesis de la intolerancia del arzobispo. Cuando el prelado confesaba que su desacuerdo procedía de la “oportunidad” del título estaba reconociendo que, más allá del dogma católico o el espíritu unionístico, su dictamen encerraba un sentido político y que, en especial, como insinuó el cardenal, estaba inquieto por la fuerza creciente de la disidencia. De hecho, en mayo de 1959, bajo el paraguas del abat, se había previsto un retiro ecuménico que se habría celebrado en Montserrat de no ser por la suspensión de Escarré —presionado por el arzobispo, que lo consideró desacertado— y sobre todo por el consiguiente veto del Santo Oficio.<sup>42</sup> El aborto de esas conversaciones generó tal escándalo que el P. Basili, como el resto de eclesiásticos afectados, reclamó vivamente que “es regularitzin a tenor dels sagrats cànon i de les recents disposicions de l’Església”.<sup>43</sup> Pero, según el parecer del capuchino, Modrego no estaba abierto al diálogo y, si bien insistió en sus objeciones a la unidad con los protestantes, su motivación última era política, según confesó el P. Basili al obispo de Vic:

“No creu el cardenal Bea que el senyor bisbe de Barcelona posi reparos a la divulgació del volum esmentat per l’actitud de ‘mea culpa’ que abunda en la pregària per la unitat. Creu que tindrà altres motius. Expressament indicà que amb lo dels col·loquis de Montserrat el bisbe de Barce-

lona es troba en una posició un poc difícil”.<sup>44</sup>

Al recibir el prólogo del cardenal en septiembre de 1960, Maduell recordó al P. Basili la importancia de tachar los artículos más espinosos para evitar cualquier recelo de las autoridades de Roma, las cuales, a pesar de lo comprometido del caso, “ens han atès amb totes les consideracions malgrat adonar-se perfectament de l’embolic i de la marejada entorn a tot aquest afer, i s’han posat al nostre costat tot i indicar que més fàcil seria desentendre-se’n”.<sup>45</sup> Meses después el P. Àlvar se entrevistó con el secretario del cardenal, Johannes Willebrands, que ofreció, a modo de solución, desmochar los textos tras la aprobación de los autores, consultar la obra en otras diócesis o dejar los volúmenes inéditos, y aclaró que “la mentalitat del Secretariat i fins la direcció de l’església no sembla ser avui tan rígida com semblava la censura barcelonina”.<sup>46</sup> Con esa conclusión se acabó lo que se daba, pues la jerarquía de Roma no iba a ir más allá por temor a que un gesto en favor de la unidad con los no católicos rompiera la armonía existente entre los creyentes.

Con el prólogo del cardenal, el P. Basili había ganado la batalla internacional y podía plantar cara, fortalecido, a la política eclesiástica interna. El capuchino persiguió espaldarazos de valor político, como alocuciones de las autoridades más afines al ecumenismo, entre ellas el obispo de Solsona y de Segorbe, que obtuvo. La indiferencia que el arzobispo demostraba ante esas adhesiones no hace más que corroborar la hipótesis de que su postura respondía en especial a una causa política. Cómo iba a jugarse el puesto un arzobispo de pontificado tan dilatado por un puñado de capuchinos que, por no tener, no tenían ni el resguardo de un padre abad como el de Montserrat, que se había granjeado cierto respeto entre sus adversarios políticos. Si algo dejan claro las palabras de autoridades como Alejandro Pech sobre las consecuencias

<sup>41</sup> Carta mecanografiada de Augustin Bea a Salvador de les Borges, [Roma] 28 de junio de 1960 (APCC, Publicacions, *Critèrion*, leg. 15-2).

<sup>42</sup> Vid. Massot i Muntaner, Josep, *Els creadors del Montserrat modern. Cent anys de servei a la cultura catalana*, Barcelona, Publicacions de l’Abadia de Montserrat, 1979, 169, n. 50.

<sup>43</sup> Artículo mecanografiado del director de *Critèrion*, [1962?] (lligall 15-2).

<sup>44</sup> Carta mecanografiada a Ramon Masnou, [Barcelona] 29 de junio de 1960 (APCC, Publicacions, *Critèrion*, leg. 15-2).

<sup>45</sup> Carta mecanografiada del P. Àlvar, [Roma] 29 de octubre de 1960 (APCC, Publicacions, *Critèrion*, leg. 15-2).

<sup>46</sup> Carta mecanografiada del P. Àlvar, Roma, 15 de febrero de 1961 (APCC, Publicacions, *Critèrion*, leg. 15-2).

de *La Renaixença, avui* o las del cardenal Bea sobre la reunión de Montserrat es que, a ojos de Modrego, la benevolencia podía salirle demasiado cara, por lo que, después de las reclamaciones del P. Basili, el canciller le propuso la tercera vía que había apuntado Willebrands. Un cambio de diócesis.

En opinión de Pech, esa era una medida que entraba dentro de la normalidad en momentos álgidos de trabajo y que se acabó convirtiendo en una alternativa envenenada, sobre todo porque, ratificada por el propio arzobispo, la decisión no podía comprometer al editor, pero sí al obispo que se atreviera a contradecir su veredicto. El P. Basili, reacio a enemistarse con eclesiásticos, intuía hasta tal punto las dificultades que, de entrada, recurrió al vicario general de Madrid, quien en 1953, para alivio del arzobispo de Barcelona, le había aprobado su obra *La última hora de la tragedia. Hacia una revisión del caso Verdaguer* en plena campaña contra el poeta a raíz de la publicación sin licencia de las biografías de Josep Miracle y Sebastià Juan Arbó.<sup>47</sup> Sin embargo, cuando el P. Basili lo intentó de nuevo con los volúmenes sobre la unidad de los cristianos el trámite no prosperó por la lengua en que estaban escritos, la cual, como le recordó el censor de la obra del P. Basili, José Ignacio Marín Núñez de Pardo, se inscribía en un dominio que no competía al obispo de Madrid. A pesar de ello el párroco de la Real Iglesia de San Ginés de Madrid no vaciló en solidarizarse con el capuchino y reconocer que, en lo que atañía al proceso censorio, “Ha sido demasiado descarado todo”.<sup>48</sup>

El temor que, según el P. Basili, tenía Modrego de que otro obispo concediera el plázet a la obra animó al capuchino a perseverar en la búsqueda de una rectificación por parte del Palacio Episcopal, sin renunciar, más bien al contrario, a seguir explorando posibilidades en otras diócesis que desconocerían lo acontecido

con *La Renaixença, avui* y que se limitarían a juzgar el libro sobre la unidad por sus méritos religiosos.<sup>49</sup> El obispo de Vic, que parecía dispuesto a tramitar la censura, se puso en contacto con la diócesis de Barcelona a través de su canciller para esclarecer las causas de su rechazo, a lo que Pech respondió de forma tan “reservada” como franca confesándole, como hemos apuntado, que la “benignidad” con la monografía dedicada a la *Renaixença* les había generado “complicaciones” indeseables.<sup>50</sup> Al principio Pech le animó a concluir su trabajo, pero tampoco Ramon Masnou concedió esa gracia al capuchino probablemente porque al final Modrego retomó las riendas del asunto apartando a los obispos sensibles a la causa ecuménica.<sup>51</sup>

Apremiado por la inminencia del Concilio, en septiembre de 1960 el P. Basili había porfiado en elevar una segunda consulta a Modrego en la que defendía con convicción el perfil de sus autores y reclamaba agilidad para evitar que la solicitud se quedara en el limbo administrativo. El capuchino estaba tan persuadido de su aportación al debate religioso que propuso publicar uno de los dos volúmenes incorporando los discursos del papa o una introducción del nuncio de Su Santidad en castellano. Incluso se mostró dispuesto a retirar los artículos que el arzobispo hubiera considerado poco oportunos en la primera lectura, de manera que al final Modrego aceptó el registro de una segunda lectura previa obliteración de los artículos más delicados (el de Dalmau, básicamente). Mientras el editor esperaba el dictamen del arzobispo, acudió al canónigo Lluís Urpí Carbonell, al que expresó su indignación por los obstáculos hallados y confesó que había renunciado a seguir el consejo de Tarancón de presentar un recurso a Roma, donde podía perder hasta la camisa:

<sup>47</sup> Carta mecanografiada a Josep Pont i Gol, [Barcelona] 24 de marzo de 1961 (APCC, Publicacions, Crítèrion, leg. 15-2). En 1952, con motivo del quincuagésimo aniversario de la muerte del poeta, Josep Miracle publicó *Verdaguer amb la lira i el calze* (Aymà) y Sebastià Juan Arbó, *Verdaguer. El poeta, el sacerdot i el món* (Aedos).

<sup>48</sup> Carta mecanografiada de José Ignacio Marín Núñez de Pardo, [Madrid] 19 de enero de 1961 (APCC, Publicacions, Crítèrion, leg. 15-2).

<sup>49</sup> Carta mecanografiada al P. Àlvar, Barcelona-Sarrià, 8 de febrero de 1961 (APCC, Publicacions, Crítèrion, leg. 15-5).

<sup>50</sup> Copia mecanoscrita de la carta de Alexandre Pech dirigida a Josep Prat, Barcelona, el 19 de noviembre de 1960 (ADB, leg. 64, exp. 138/60).

<sup>51</sup> El archivero Josep M. Masnou asegura que el obispado de Vic no dispone de documentación sobre los expedientes de censura (conversación telefónica, 28 de enero de 2014).

“He consultat l’assumpte amb el cardenal Bea i ell, mentre que per una banda m’enviava un pròleg per a presentar aquest volum, que ell coneix, per altra em diu que si vull recórrer a Roma tinc de demanar que el Sr. Arquebisbe-Bisbe els envii les raons per les quals no deixa publicar aquest volum.

Els recursos a Roma sempre són engorrosos encara que hom tingui la seguretat de guanyar-los. A la llarga s’hi surt perdent”.<sup>52</sup>

Para colmo, en el camino censorio se interpuso un sujeto del propio aparato episcopal. En noviembre mosén Josep Ricart Torrens, miembro de la Comisión Diocesana de Prensa, Radio y Publicaciones dirigida por Ramon Cunill,<sup>53</sup> publicó un artículo en el periódico falangista *Arriba* denunciando la versión de una encíclica de León XIII sobre la libertad de los pueblos que apareció en *La Renaixença, avui* (una traducción oficialísima, al decir del P. Basili) y homologó, en un alarde de perspicacia, a los capuchinos con los comunistas, protestantes, masones, liberales y separatistas.<sup>54</sup> Con su delación Ricart Torrens no solo añadía más leña al fuego que había encendido meses atrás el gobernador civil de Barcelona, sino que, por lo que pudo saber el capuchino, pretendía boicotear el número consagrado a la unidad: “Mossèn Ricart digué al bisbe que s’hi arremangaria fort si sortia el número de *La unitat*”.<sup>55</sup> El contexto era de una vigilancia tan estrecha que una publicación como *El Ciervo* había recibido una advertencia del Santo Oficio y, según el relato del P. Basili a Maduell, había sido censurada por reproducir una pastoral sobre la unidad que había escrito el obispo Tarancón:

“El [volum] de la unitat dels cristians està verd encara. En Llorenç Gomis rebé un *monitum* [advertiment] del Sant Ofici per

un des seus articles sobre ecumenisme. La censura de Barcelona no deixa publicar a *El Ciervo* uns entrefilets d’una pastoral del bisbe de Solsona sobre la unitat. Penso, però, que ens en sortirem”.<sup>56</sup>

Cuatro meses más tarde, y aun gracias a la intervención de los obispos Tarancón y Narcís Jubany, que en los setenta serían acusados de desafección, el P. Basili recibió el oficio del canciller secretario después de la segunda lectura de Josep M. Dalmau. Contra todo pronóstico, el dictamen del arzobispo supuso un nuevo revés y, con un cinismo al más puro estilo ministerial, impuso unas disparatadas mutilaciones que hacían inviable la publicación. El P. Basili, que no daba crédito a la resolución de la curia, le recordó que otras publicaciones abordaban temas conciliares y le anunció que, tras el visto bueno de los colaboradores a las tachaduras, procedería a una tercera consulta. Mas no todos los autores se plegaron al veto episcopal. Donde el abat Escarré aceptó suprimir una frase para favorecer la circulación del título, el P. Pierre Michalon, miembro del Secretariado para la Unión de los Cristianos y autor de *L’unité des chrétiens* (1965), se negó a recortar afirmaciones que hubieran secundado hombres calificados de la Iglesia. Por otra parte, el obispo Tarancón se inclinó por retirar su artículo de la obra:<sup>57</sup>

“Amadísimo Padre en Cristo:

Se ve que, por las razones que sea, la Curia de Barcelona tiene ‘alergia’ a ese tema de la unidad. No es fácil entenderse de esta suerte porque es evidente que casi todas las frases que se emplean hablando del mismo mirada con suspicacia pueden ofre-

<sup>52</sup> Carta mecanografiada a Lluís Urpí Carbonell, [Barcelona] 23 de enero de 1961 (APCC, Publicacions, Critèrion, leg. 15-2).

<sup>53</sup> Sopena, Mireia, “Los satélites de la curia diocesana”, op. cit.

<sup>54</sup> Ricart Torrens, José, “Hay que traducir correctamente”, *Arriba*, 5 de noviembre de 1960, 16 (APCC, Publicacions, Critèrion, leg. 15-4).

<sup>55</sup> Carta mecanografiada a Àlvar Maduell, Barcelona, 18 de noviembre de 1960 (APCC, Publicacions, Critèrion, leg. 15-4).

<sup>56</sup> Carta mecanografiada a Àlvar Maduell, Barcelona, 2 de diciembre de 1960 (APCC, Publicacions, Critèrion, leg. 15-4).

<sup>57</sup> Dalmau incluso se atrevió a enmendar la plana al obispo de Solsona, en cuyo artículo tachó “El gran deseo de Cristo no se ha cumplido hasta ahora” (pág. 82), “El cuerpo de Cristo aparece roto” (pág. 86), “Yo diría que somos nosotros los primeros responsables” (pág. 87) y “No hemos de pedir que ellos vuelvan... que ellos se conviertan” (pág. 91) (informe mecanografiado de Josep M. Dalmau, Sant Cugat del Vallès, 19 de enero de 1961, ADB, leg. 64, exp. 138/60).

cer un sentido vulnerable que no tienen ni en el conjunto ni en la intención que se ve clarísima.

Yo creo, sinceramente, que en ese plan no es conveniente que se publique mi artículo. Temo que puedan molestarse ante una insistencia mía ya que ellos, por lo que sea, tienen formado su criterio.

Le bendice afectuosamente”.<sup>58</sup>

Tras el segundo dictamen, el obispo Tarancón se afanó por convencer personalmente al arzobispo de la inocuidad del libro, empero Modrego minimizó su posición respondiendo que no veía ningún problema en él y que sus objeciones se reducían a un artículo en concreto, el mismo que el censor eclesial, uno de los mejores teólogos según el arzobispo, tachó de inadmissible. Estaba siguiendo el mismo guion que Pech había interpretado para el P. Basili, ante lo cual el capuchino le espetó: “Un censor eclesial pot saber molta teologia i molt dret canònic però no està obligat a conèixer l’estil de la cúria romana en determinades qüestions”.<sup>59</sup> No contento con su rechazo, Modrego, que en la primera lectura había autorizado al P. Basili a solicitar el permiso en otra diócesis, concluyó que tratar de salvar el volumen con otro obispo representaría menospreciar la censura de Barcelona y, obviamente, desautorizar a la jerarquía barcelonesa. Fue ese el motivo por el que Tarancón renunció a tramitar la obra, a pesar del interés que le merecía:

“Muy señor mío y amadísimo en Cristo:

Después de lo pasado y de mi conversación con el Sr. Arzobispo-Obispo de esa me parece una falta de delicadeza, y hasta una desatención, aceptar la censura de esa colección.

Si a eso se añade que el censor de ella opuso algunos reparos a mi artículo podría

parecer hasta un trágala. Y, francamente, no me parece correcto.

Lamento no poderle solucionar el conflicto. Creo, sin embargo, que V. entenderá mi postura.

Le bendice afectuosamente”.<sup>60</sup>

Bien que la curia había osado corregir a tres personalidades más o menos influyentes del concierto religioso nacional e internacional, el P. Basili no se atrevió a seguir el consejo de Tarancón y de un cardenal tan poco disidente como Enric Pla i Deniel: “El cardenal Pla i Deniel m’indicà (i el secretari de càmera de Barcelona no s’hi oposa) que faci recurs oficial a Roma, però això em resulta angorrós, i crec que, tant si guanyava com si perdia el recurs, quedaria molt malament amb el senyor arquebisbe de Barcelona”.<sup>61</sup> Descartado definitivamente el recurso, el capuchino siguió confiando en la influencia de Tarancón y Jubany, a los que expresó su incompreensión, y se planteó algo tan inimaginable como una entrevista con el censor, que muy probablemente nunca tuvo lugar. A la desesperada, incluso propuso al arzobispo incorporar, como introducción del volumen, una pastoral sobre el ecumenismo que Modrego estaba escribiendo o crear una comisión diocesana que dirimiera sobre temas de la unidad. No obstante, el canciller secretario le pidió que no insistiera.

Sin la opción de Vic, el P. Basili retomó la vía de las diócesis allende Cataluña con la connivencia de Aureli M. Escarré, quien trató de influir en Josep Pont i Gol, obispo de Segorbe-Castellón.<sup>62</sup> A despecho de su inclinación ecuménica, este entendió que intervenir a favor de los capuchinos representaba aleccionar a Modrego y sugi-

<sup>58</sup> Carta mecanografiada de Vicent Enrique Tarancón, Solsona, 26 de febrero de 1961 (APCC, Publicacions, Critèion, leg. 15-2).

<sup>59</sup> Carta mecanografiada a Alexandre Pech, [Barcelona] 13 de febrero de 1961 (APCC, Publicacions, Critèion, leg. 15-2).

<sup>60</sup> Carta mecanografiada de Vicent Enrique Tarancón, Solsona, 23 de marzo de 1961 (APCC, Publicacions, Critèion, leg. 15-2).

<sup>61</sup> Carta mecanografiada a Josep Pont i Gol, [Barcelona] 24 de marzo de 1961 (APCC, Publicacions, Critèion, leg. 15-2).

<sup>62</sup> El archivero de la Delegación Diocesana de Patrimonio Histórico-Artístico y Documental de la diócesis de Segorbe-Castellón, Pere Saborit, afirma que no conservan las licencias eclesialas de los años sesenta y que la documentación del obispo Pont i Gol fue depositada en la abadía de Montserrat (conversación telefónica, 29 de junio de 2014).

rió la posibilidad de que cada autor solicitara el permiso por su cuenta, en su respectiva diócesis. Era una fórmula que al P. Basili le pareció digna de ser considerada, aunque de todos modos siguió buscando auxilio fuera del Principado y, concretamente, en el obispado de Mallorca.<sup>63</sup> Como no deseaba comprometer a los hermanos capuchinos de la isla en su “conspiración”, indagó si la editorial Moll aceptaría presentar la solicitud con su pie de imprenta, ante lo que Moll derivó al P. Rubí a su imprenta habitual, que presentó la solicitud al obispo de Palma en mayo de 1961. Pero parece ser que la gestión no cuajó. Había contactado con Aina Moll a través del superior local de Mallorca, el P. Calassanç de Vic, a quien describió el rechazo de Modrego a una obra avalada por las autoridades:

“[...] ara, per aguantar-se en el seu punt, no tinc manera que [Modrego] m’autoritzi una nova presentació del volum. Tot i que està ben sucats d’aigua beneita amb pròlegs del cardenal Bea, al·locucions del Nunci, dels bisbes de Solsona, Sororb, etc.”<sup>64</sup>

A la luz de ese nuevo rechazo y del silencio inquebrantable del Palacio Episcopal, el P. Basili, que había aprendido a base de batacazos, reorientó la búsqueda de aprobaciones episcopales partiendo de dos premisas: primera, no comprometería a otra comunidad capuchina y, segunda, se acabó lo de dar explicaciones acerca de los antecedentes del libro. En paralelo a las indagaciones en el obispado de Mallorca, el capuchino de Valencia Emilio M.<sup>a</sup> de Sollana le había facilitado el contacto de su imprenta, Semana Gráfica, de forma que en mayo esta solicitó la censura al arzobispo, obviando los pormenores de los libros y bajo la responsabilidad eclesiástica y civil de la Editorial Franciscana. Finalmente, con la imprenta como peticionaria, el P. Basili logró dar en el clavo. Sin mayores contratiempos, *Joan XXIII i la unitat cristiana* fue aprobado en junio por el vicario general Rafael González tras el informe de Vicente Cala-

tayud (a modo de refuerzo, Franciscana se hizo con la autorización civil definitiva cuatro meses más tarde) y, en noviembre, *Unitat dels cristians*. Por fin, la imprenta valenciana apareció como una vía tan salvífica como alentadora.<sup>65</sup>

La modernidad y la valentía de *Critèrion* se definen en buena medida por el veto que le propinaron tanto la censura civil como la eclesiástica. En concreto, el arzobispo Gregorio Modrego, que mientras se ensanchaba el disenso al régimen se mantuvo fiel al catolicismo oficial, practicó una equidistancia ciertamente relativa, como evidencia su apuesta por el bando franquista en un caso tan inocuo como el de los volúmenes de la unidad de los cristianos. Que delegara las lecturas a censores probadamente integristas y que imposibilitara la tramitación del permiso en otras diócesis reafirman el propósito de restar influencia al disenso y ahorrarse reprimendas de las autoridades civiles. Tan solo la incansable búsqueda de alianzas episcopales por parte del P. Basili, y el apoyo de un obispo que desconocía los antecedentes del libro y que lo aprobó sin más, lograron contrarrestar el veto episcopal. Sin duda esa represión de la máxima autoridad eclesiástica de Barcelona corrobora que el acopio de novedades aprobadas por la diócesis se debía más a la inocuidad de sus contenidos que a la magnanimidad de la curia, que no tuvo reparos en denegar obras como las ecuménicas sin aportar argumentos dogmáticos de peso, sino simple y llanamente como política preventiva. Las autoridades franquistas seguían al acecho.

<sup>63</sup> Según el director del Arxiu Diocesà de Mallorca, César Murillo, no se ha conservado documentación relacionada con las licencias eclesiásticas (conversación telefónica, 25 de junio de 2015).

<sup>64</sup> Carta mecanografiada a Calassanç de Vic, [Barcelona] 11 de abril de 1961 (APCC, Publicacions, *Critèrion*, leg. 15-2).

<sup>65</sup> El archivo de la Archidiócesis de Valencia conserva las licencias eclesiásticas de los años sesenta, que son accesibles a los investigadores.